# La balada del nunca-amado

**Miro al espejo.**
**Veo una cicatriz**
**en la hojarasca.**

«Todo acto violento debe permanecer en las páginas de los libros, así como en toda obra de ficción antigua o moderna. Llevarlos a la realidad es una tarea deleznable que condenaría con toda mi alma, de no haberla perdido».

D. L. NEVERLOVED

«Durante la época del *oddèchnin no zczènien*, llamado también el-aliento-que-lo-carcome-todo, una pastora sucia que vestía harapos se hallaba en el bosque tendida junto a una pira ardiente. Era una muchacha pálida y con el cuerpo plagado de cardenales que, en un sueño, se había visto arrastrándose por un abismo álgido y rocoso. Al abrir los ojos aún temblaba de frío, y su mirada se perdía en el cielo sombrío e inalcanzable. No sintió cuándo se acercaron las sombras, ni cuándo empezaron a rasgarle sus vestidos manchados de lodo».

Extracto del libro: *De la verdadera historia del* oddèchnin no zczènien *y del origen y el fin de los Efebos de la Guadaña*, escrito por los labriegos Ròsmos ggi'èrr d' maar inn' Sàath y Vàryss la Courn'in næ Rèsniaat, también llamado Vàryss Capadecuervo.

## PRIMERA PARTE
## TIERRAS MORIBUNDAS

# I

Se había acostumbrado al grajeo de las cornejas.

«El bosque apesta a cadáver…», pensó el ahorcado después de que el pajarraco picoteara la soga. El tejido se rompió, el carroñero levantó el vuelo y él cayó de pie sobre la hojarasca, todavía con el nudo flojo alrededor del cuello. Oscuro respiró una peste a sangre, tierra y esmegma, mientras los cuerpos de los colgados parecían observarlo con las cuencas sombrías como cavernas. «Parece que te envidian. Pero no saben lo afortunados que son».

Los cuerpos se estaban pudriendo.

Recordó que se había ahorcado noches atrás. Desde entonces permanecía colgado de un árbol junto a otros muertos, balanceándose y observando cómo las ramas se poblaban de nuevos cadáveres. Daba igual quiénes fueran: suicidas, hipoxífilos que morían por accidente o traidores ajusticiados por el ejército imperial. El Bosque de los Ahorcados no le debía su nombre a la sangre derramada por asesinos ni rebeldes, ni a los guetos de leprosos en la profundidad boscosa.

Oscuro enterró los borceguíes en el barro, empujó los arbustos manchados de liquen para abrir brecha entre las hojas y blasfemó.

—La muerte te está dando por culo, mierda. Te suicidas, pero ni aun así te lleva. Siempre regresas.

Por lo menos la noche de su ahorcamiento consiguió eyacular al sufrir los espasmos. Sin embargo, correrse junto a la muerte ya no le parecía un ejercicio placentero. Si la viera de hinojos le rociaría el rostro con su semilla y no pararía hasta que le suplicara llevárselo.

—Sólo recuerda: cuando la encuentres, asegúrate de tener suficiente leche.

Bajó la mirada y observó su arma: una cuchilla larga que pendía envainada de su cinturón. Su cota de malla negra, embarrada de sangre, se confundía con las hojas de los matorrales mientras su rostro de piel endrina se camuflaba bajo las sombras. Tenía los ojos amarillentos como la orina, y una melena piojosa y negra le caía por debajo de los hombros. Los cuerpos se mecían como péndulos bajo las ramas de los sauces. Los empujaba abriéndose paso, y mientras marchaba olisqueaba un olor a humo y a grasa que se esparcía desde las grutas. En ese momento se reventó un grano de la barbilla, pasó la lengua sobre el pus y recordó la orilla del río donde alguna vez se detuvo a cocinar acompañado de la mujer. Entonces, acuclillados, habían observado alejarse una balsa con una muchacha tendida en el interior. La cría tenía una cicatriz en la cara y, desde entonces, nunca más la había visto.

«Ha pasado tiempo desde que se fue, así que supongo que habrá alcanzado el otro lado del río», pensó, y luego se tocó el estómago.

Las tripas le crujían. El tufo a carne aceitada inundaba los caminos secretos de la floresta, mientras detrás de los matorrales una flama estiraba su lengua, serpeando entre

la niebla. Se fundió con la penumbra para observar. Recostado en el tronco de un árbol, casi por instinto, empuñó su larga cuchilla.

—Dale la vuelta a las manos —dijo una de las figuras a las que veía. Por la melena enredada y los cuchillos en el cinto parecía un bandido—. Así, muy bien, que no te tiemble la muñeca. Deja que se tuesten un rato, que derramen el jugo de las uñas y luego quítaselas.

—Como digas —respondió el cocinero que se encontraba a su lado.

Oscuro esbozó una sonrisa mientras se acariciaba la panza.

«Antropófagos —pensó—. Espero que hayan sabido elegir».

Aspiró la peste a grasa mientras sentía a las arañas trepar por sus brazos. Pero no importaba. Esa noche el bosque era uno con él. Las tripas le sonaron de nuevo.

—Parece que tú también quieres, muchacha. —El bandido soltó una carcajada. Se había vuelto hacia la niña encadenada junto a las jabas. Estaba desnuda y tenía una mancha de sangre entre las piernas—. Descuida. Si tienes hambre puedes ir comiendo un poco de esto. Mira.

Con un movimiento rápido se desanudó el pantalón, lo dejó caer y, despacio, empuñó un miembro diminuto y regordete. Oscuro lo observó, y si bien el fuego en la sartén calentaba el espíritu del forajido, el suyo todavía permanecía frío. Esa noche, inmóvil, aguardaba como una piedra en el corazón del bosque.

—Las he visto más grandes y mejores —escuchó murmurar a la niña. Pero la mocosa recibió una bofetada que la dejó perniabierta, tendida junto a las llamas. Tras limpiarse la sangre del rostro lanzó un escupitajo rojo.

—Te odio. ¡Te odio! Mi madre decía que las pollas grandes eran mejores que las aquellas como la tuya, que por eso engañaba a padre, así que lo abandonó.

—¿En serio, primor? —El bandido respiró y le lanzó una mirada a su acompañante—. Eso no fue lo que nos dijo mientras la violábamos. Parecía gustarle. Si hasta tú nos viste, ternura.

Los dos hombres sonrieron. Oscuro no distinguía si eran caníbales de los guetos o soldados del imperio, pero en el fondo le daba lo mismo. Esa noche tenía hambre y se encontraba de caza. Se acercó despacio en la penumbra, como una sombra, y observó a la prisionera bajar la cabeza, sometida. El cuerpo de la madre se encontraba desnudo sobre un charco carmesí. Sus muñones estaban podridos y, mientras los bandidos le freían las manos, la prisionera las observaba lamiéndose los labios.

—Quieres comértela, ¿no es cierto? —le preguntó el del miembro al aire mientras se rascaba la cabellera larga y andrajosa—. Tranquila. No vamos a dejar que te chille la tripa. Te aseguro que mami sabe tan bien muerta como sabía viva. Luego me lo agradecerás chupándome la polla.

El antropófago se plantó frente a la mocosa con las manos en jarras y, tras reír un poco más, se inclinó y le presionó las mejillas.

—Un momento. Un momento. Para. ¡Para! —le advirtió su compañero, quien aún no terminaba de freír—. He escuchado algo moverse tras los arbustos.

Oscuro esbozó una sonrisa torcida.

«Bravo, hombre de buen oído. Te prometo que lo último que oirás serán tus gritos».

—¡Silencio! —escuchó decir al otro captor—. Deben ser las ratas. Los cadáveres abundan en esta región. La gente viene a morir de distintos lugares.

Oscuro asintió. Desde que recordaba, los hombres viajaban hasta allí sólo para matarse, o bien para dejar que otros los matasen. Todavía oculto entre los matorrales, pensó en los últimos asesinos que había despachado: un sujeto tuerto que al verlo se meó en los pantalones y que, desesperado, lo atacó con una espada rota. Se parecía al tipo de la sartén. Era muy lento. Nunca tuvo oportunidad. Probablemente tampoco la tendrían los antropófagos. El tuerto había muerto gritando con el pecho atravesado. Sin embargo, era el otro forajido, el de la barba, quien lo había reconocido por su rostro endrino.

«Esta noche vamos a morir —recordó que le dijo conteniendo el temblor de sus huesos, casi desquiciado. Luego había pronunciado uno de sus tantos nombres—. Carnicero de Cárdan. Eres igual a como te describen las baladas: un saco de carne y huesos que apesta a barro, sangre y estiércol».

Fueron sus últimas palabras. Luego, el carnicero le cortó la panza y le arrancó los intestinos.

El recuerdo era nítido y vibrante, aunque en el fondo quisiera olvidar y dejar de sentir algunas cosas.

Hizo una negación con la cabeza, tragó saliva y se esforzó por dejar el pasado en las tinieblas. Observó el fuego crepitante desde los matorrales mientras afloraban las primeras lágrimas y, justo cuando las llamas flameaban en la penumbra, los ojos de la prisionera lo acribillaron como cuchillas sin filo.

—La noche se levanta —dijo—. Y nos mira.

El asesino del pantalón desatado se dio la vuelta con una blasfemia, pero Oscuro ya había salido de los arbustos y mantenía la mano en la empuñadura de su acero, desplazándose a trancadas. Desenvainó mientras uno de los antropófagos reculaba con la sartén en las manos.

—¡Atrás! —le oyó gritar—. ¡Atrás!

La violencia de su movimiento hizo caer la comida y el rostro se le deformó en una mueca hórrida. La carne a medio cocinar había empezado a necrosarse y a incubar gusanos. Todo ocurrió muy rápido. Como si el tiempo apurara sus pasos.

—Brujería… —musitaba, aterrado—. Brujería…

—No es brujería —precisó Oscuro—. Sólo es carne con plaga.

El bandido soltó la sartén, pateó la leña con estrépito y el fuego lamió las botas del carnicero, que dio un paso atrás y por poco se quema.

«Bebemierdas… ¿Piensas que así me vas a matar?».

El antropófago le escupió en la cara y lanzó una amenaza, pero antes de que se colocara su manopla Oscuro ya se había movido. Una fisura se abrió en la corva del forajido, que cayó al fuego y empezó a quemarse. Los aullidos se extendieron por la monstruosa floresta.

—Gritas como una niña cuando la violan —susurró el carnicero antes de dejarlo de lado—. Ahora solamente queda uno.

—¡Aléjate de aquí, cabrón, hideputa! —escuchó que gritaba el otro sujeto y, al volverse, vio que ya había apresado a la mocosa. Le helaba la garganta con un cuchillo

y, encorvado, le presionaba el cráneo contra su miembro.

—Un movimiento en falso, monstruo, y la mato.

—Pobre diablo. ¿Crees que me importa?

Oscuro fue muy rápido: solamente una finta, un diestro giro de muñeca y la hoja brincó, silbó y mordió. No le dio tiempo a moverse. Tampoco a la mocosa.

«Por fin todo ha terminado».

Mientras el carnicero caminaba sobre la grama, observaba al hombre temblar, retorcido en el barro que se teñía de rojo. Su cuchilla le atravesaba el ojo a la cría, que ya había muerto, y la punta perforaba el bajo vientre de su captor. De reojo vislumbró un trozo de carne en el charco que se formaba sobre el limo. El hombre aún estaba vivo.

—Tenías una polla gorda y pequeña —le dijo tras pararse sobre ella y pisotearla hasta que se volvió una masa—. Pero ahora… ¿qué te queda?

Después agachó la cabeza y las tripas comenzaron a sonarle. Se dio la vuelta para ver a los cadáveres: el de la cría y el de su madre yacían casi juntos, y el del antropófago continuaba ardiendo. En ese momento un olor a carne quemada y a pelos chamuscados inundó el sotobosque y el carnicero pensó que era un buen cambio.

Arrastró los cuerpos de las mujeres y los echó sobre el cadáver mutilado. Se pasó la lengua por los labios y, con la vista, buscó entre las jabas rocas y leña para quemar. Tras encontrarlas asintió poco antes de que unos grajeos poblaran el cielo. Entonces las tripas le rugieron de nuevo y, de pronto, echó un pedo.

—Nada mejor para empezar la noche —dijo.